

intelectualmente en mi mejor momento, pero, al mismo tiempo, sé que mi futuro es cada vez más chico. El epílogo que pongo es provisorio, porque pienso escribir más, otra autobiografía o añadirle más capítulos a ésta. Por otra parte, hoy aprovecho mucho más el tiempo que cuando tenía treinta años. Por entonces desperdiciaba días en cosas que, hoy, me espantan. Ahora sé que cada minuto tiene un valor imperecedero. Es la parte positiva de tener muchos años; no niego, sin embargo, que mi futuro es cada vez más reducido, pero el pasado es muy rico. Y el presente lo sigue siendo porque, afortunadamente, estoy en plena actividad intelectual. Y lo demuestra el hecho de que mis mejores libros, los que yo, al menos, reivindico pertenecen a mi etapa de los últimos veinte años, los que escribí a partir de mediados de los 80. Creo que son los más logrados.

— *En su autobiografía usted habla del «chongo» de los años 50 y hace referencia a la homosexualidad en Buenos Aires. Además, ya había dado a conocer un trabajo sobre este tema, ¿verdad?*

— Sí, tengo un ensayo largo que está dentro de un libro que se llama *Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades*, y ahí hay una historia de los homosexuales porteños.

— *¿El chongo es propio de los años 50 o viene de antes?*

— Existían ya en el siglo XIX, aunque no sé desde cuándo empezó a usarse el término «chongo». Se pueden vislumbrar a través de algunos libros de recuerdos sobre la prostitución masculina y demás. Hoy, por los hábitos, el chongo está declinando. La liberación misma, «salir del closet» o «del armario», provoca, en cierto modo, la desaparición del chongo. Aunque, seguramente, debe de seguir existiendo en los pueblitos, en los suburbios, en lugares apartados. Porque el chongo era el bisexual o, a veces, directamente el homosexual cuyo juego era tener una apariencia muy masculina. Como ahora lo predominante es la ambigüedad, lo andrógino, aun entre los varones heterosexuales, los heterosexuales de hoy son mucho menos «masculinos», en el sentido estricto del término, y la mujer menos «femenina». El chongo es una figura anacrónica, el espacio que venía a jugar se ha reducido.

— *¿Marca mucho haber nacido en 1930?*

— ¡Qué le parece! Comienzo de la década, primer golpe de Estado, plena crisis mundial. Puedo decir que no conozco otra cosa más que crisis y golpes de Estado. Golpes y dictaduras militares durante cuarenta años y crisis económica todo el tiempo, hasta el día de hoy; creo que no me liberaré nunca de padecerlas.

— *Especialmente conmovedora resulta la parte de su autobiografía en la que usted dice que sus padres fueron víctimas de un sistema perverso que premia la especulación y castiga el trabajo y la honestidad.*

— Como la mayor parte de la gente de clase media baja, que no fueron hábiles con el manejo del dinero, mis padres acabaron sin nada. Si alcanzaban a ahorrar un peso se lo llevaba el «Rodrigazo» o la inflación o la hiperinflación o la estafa.

— *¿Usted cree que esa inestabilidad se queda para siempre en la Argentina?*

— No podría decir que se queda para siempre, pero no se ha modificado. Hace poco, con el «corralito» de 2001, hubo gente que se suicidó o estuvo a punto de hacerlo, gente que se quedó en la miseria espantosa; yo mismo perdí los ahorros de toda mi vida. Es algo absolutamente siniestro.

— *Pese a todo, usted nunca se fue del país.*

— No, porque en la época en que la cosa se puso realmente brava, a partir de 1976, cuando se fue mucha gente, yo realmente lo pensé: me voy. Pero ya era demasiado grande para cambiar de lugar. Por otra parte, mal que bien, era un autor conocido; si me iba a otra parte tenía que empezar de cero.

— *En su libro usted dice que aprendió de Sartre «que la ilegitimidad del bastardo otorga una mirada de extrañeza, una distancia hacia el orden social establecido y lo predispone a su cuestionamiento y al espíritu crítico».*

— No es casual que haya habido tantos talentos en literatura, en arte, en pensamiento entre los judíos de la diáspora; en cambio, no ha

habido o no se conocen grandes talentos entre los judíos de Israel. Y son los mismos judíos. Por lo tanto, no es una cuestión racial, por supuesto no existe la raza judía, pero ni siquiera una cuestión étnica; simplemente, era la marginación lo que hacía de ellos que el talento aflorara. Lo mismo ocurre con los homosexuales. Si uno hace una lista de los grandes artistas, desde Grecia hasta la actualidad, y tomando en cuenta que la población homosexual es muy minoritaria, hay una cantidad considerable de artistas talentosos que fueron o son homosexuales. ¿Y a qué se debe? No es que tengan genes especiales que los capacitan para la creación, es la marginación que establece una distancia y promueve la mirada crítica.

— *Usted hace referencia, en su libro, a la relación que mantuvo con uno de sus progenitores míticos, con Simone de Beauvoir, a quien llamaba en la intimidad «la Simona» y un encuentro que tuvo con ella.*

— Sí, pero fue una relación platónica, a distancia. Conocerla en París fue algo muy episódico, intrascendente. De todos modos, Beauvoir como Sartre fueron escritores con los que yo convivía desde Buenos Aires. Formaban parte del clima en el que vivía. Eran mucho más importantes que algunas personas que veía todos los días. Y esto fue así durante muchos años, después dejaron de serlo.

— *En efecto, el existencialismo ejerció una gran influencia en la Argentina. Varias generaciones se formaron bajo el influjo de esta tendencia y de esos autores.*

— Claro, y a mí me agarró justo en el momento. Yo tenía 18 años cuando aparecen las primeras traducciones en castellano de los libros de Sartre y empiezan a salir los artículos sobre la moda filosófica del existencialismo en París y se reproducen las fotos del café de Flore. Yo ni siquiera sabía qué era Saint-Germain-des-Prés, nada, pero representó todo un mundo nuevo que a mí y a muchos jóvenes de mi generación nos encandiló. Soy de la generación sartreana, que es la generación de la inmediata posguerra. Esa fascinación me duró hasta mediados de los sesenta, cuando me desplazo hacia Hegel y el marxismo, vía Sartre también.

— *Usted conoció a cierta gente, en una época temprana de su juventud, a través de la cual llegó a ciertas revistas, como Sur y Con-*

torno, me refiero a Héctor A. Murena y David Viñas. ¿Con Murena, finalmente, no se entendió?

— Tuve una atracción muy efímera por Murena, a quien mi amigo Héctor Miguel Angeli y yo fuimos a buscar, porque nos interesaba una sección que él escribía sobre temas cotidianos, algo bastante novedoso en esa época, porque allí hablaba de una calle de Buenos Aires, hablaba de Gardel, de Perón, de temas que entonces nadie tocaba, porque el ensayo tenía que ser más bien elevado. En aquellos años ni siquiera el periodismo era pintoresco, salvo el caso de *Crítica*, no había nada que se saliera de lo considerado «serio». En *La Nación* no salían esos temas. Por eso nos atrajo aquella sección. Luego, cuando empezaron a aparecer los libros de Murena, que eran recopilaciones de artículos, me decepcionó. Yo había evolucionado hacia Hegel y Marx, y estaban en una posición diametralmente opuesta a la de él, entonces me alejé. Los entretelones están contados en el libro.

— *Recuerdo a Murena como un hombre de buen ver, que se peinaba a la gomina.*

— Imitaba un poco a Gardel. Nosotros decíamos que jugaba al «macho sombrío», que es una expresión de Mallea. Usaba trajes grises con chaleco y camisa blanca.

— *Murena y Viñas eran dos polos en aquel momento.*

— Sí, eran como dos líderes de pequeños grupos. Murena intentó serlo pero fue rápidamente desplazado por sus propias falencias. Viñas, en cambio, se impuso un poco más, sobre todo a través de la revista *Contorno*. A Murena *Las ciento y una* se le frustró un poco por la denuncia de Sábato. En el segundo número de esta revista, que pudo haber jugado el papel de *Contorno*, iba a salir una crítica adversa a un libro de Ernesto Sábato, y Sábato movió los hilos, porque era conocido de quien financiaba la revista, que era un editor, para que la publicación no continuara saliendo y, en efecto, retiraron la financiación. Eso, definitivamente, cambió la vida de Murena. Y también la vida de Viñas, porque ahora en vez de estar hablando de *Contorno* y de *Sur* estaríamos hablando de *Las ciento y una* y de *Sur*.

— *En su libro usted narra las dificultades que tuvo para integrar grupos.*

— Es que acabé mal con *Contorno* y mal con *Sur*, y después no intenté nunca más pertenecer a ningún grupo, salvo los que yo mismo formé, como los grupos privados de estudio.

— *Usted suele decir que le interesa más acentuar las igualdades que las diferencias.*

— Contrariamente a lo que hoy se tiende como «diferencialismo», «el otro», etc. (y eso referido tanto al feminismo como a la homosexualidad, al indigenismo, a la negritud, al multiculturalismo), yo creo en la mezcla, en la hibridez y en lo heterogéneo mezclado, no en la fragmentación en guetos, porque el multiculturalismo es eso, fragmentar a la sociedad en guetos. El ejemplo más grande fue la Buenos Aires de los comienzos del siglo XX, un momento de integración donde los judíos y los árabes musulmanes convivían en la misma calle, tenían locales en el mismo barrio y, hasta a veces, eran socios. La calle Lima, en el barrio de Constitución, era una calle de sederías que estaban en manos de los sirio-libaneses, musulmanes, islámicos y judíos. Apuesto por ese tipo de integración.

— *¿Qué está escribiendo ahora?*

— La tercera parte de un tríptico informal sobre el debate de la modernidad, cuya primera parte es *El asedio a la modernidad* tomada en el plano histórico y social; la segunda parte está compuesta por *Las aventuras de la vanguardia*, es el debate de la modernidad en el plano estético; y la tercera, ahora, sería en el plano filosófico. Un libro que, provisoriamente, se llama *La filosofía en la encrucijada*, pero el título no es definitivo.

Buenos Aires, agosto 2005



Montevideo antiguo